

## **PSICOLOGIA SOCIAL Y POLITICA: REFLEXIONES SOBRE LA EXPERIENCIA DEL PARO**

Por José Ramón TORREGROSA

### **Introducción y planteamiento general**

El propósito de mi exposición va a ser más amplio de lo que el título podría sugerir, y, al mismo tiempo, más restringido. Va a ser más amplio en el sentido de que no me voy a limitar, en las observaciones que someteré a discusión, a un mero enunciado de las experiencias subjetivas del paro de los jóvenes desde sólo su punto de vista, o desde la conceptualización que los propios jóvenes parados hacen de su experiencia, sino que procuraré insertar esas posibles experiencias en un contexto más amplio, viéndolos desde el punto de vista de la estructura social, así como desde otros ámbitos de experiencia de la propia juventud en general.

Y al mismo tiempo seré más restringido, en el sentido de que, para dar razón cabal de la problemática subjetiva sobre el paro que sugiere el título, habría que emprender una amplia y detenida investigación empírica cualitativa, para la cual no he tenido ni tiempo, ni los recursos indispensables para llevarla a cabo. Pienso, no obstante, que las reflexiones que siguen, enriquecidas con la discusión de que serán objeto, y del resto de las aportaciones que se hagan en este volumen, proporcionarán una base para iniciar esa investigación en nuestro contexto.

Quiero, inicialmente, poner de manifiesto que el hecho de enfocar un tema como el paro desde una perspectiva subjetiva, psi-

cológica, no presupone ningún psicologismo explicativo. Muy al contrario, considero que las variables explicativas fundamentales son de naturaleza macrosociológica y macroeconómica (aumento y rejuvenecimiento de la población, escolarización masiva, crisis energética, inflación, huelga de inversiones, etc.). Es más, considero que, más allá de la distinción entre el paro coyuntural y estructural, la misma naturaleza de la sociedad capitalista tiene que segregar dicho fenómeno como algo inherente a su propio funcionamiento. La misma falta de articulación coherente o desfase entre el subsistema educativo y subsistema ocupacional ya revela, de suyo, una amplia problemática cuya solución no cabe esperar en absoluto que se vaya a resolver espontáneamente.

Pero, una vez reconocido esto, conviene agregar de inmediato que, como todo fenómeno social complejo, el paro, o la imposibilidad de insertarse en la actividad económico-productiva, debe ser visto desde una perspectiva múltiple; y una de esas perspectivas —y quizá de las más importantes— posibles es la de los propios sujetos que se encuentran en esa situación. Y ello no sólo por la obvia y esperada razón de que dichas personas van a expresar una actitud negativa respecto de la situación en que se encuentran, sino porque pueden dar *razones* que, además de justificar sus posibles cursos de acción ante ellos mismos y los demás, pueden proporcionar valiosas informaciones sobre las condiciones objetivas y subjetivas concretas que les llevaron a dicha situación: su papel, sus motivos, en ella; su percepción de las salidas posibles e incluso si tiene deseo de salir de ella, etc. Al fin y al cabo, habérselas con sistemas sociales —por muy estructuralista que se sea— no es lo mismo que enfrentarse con sistemas mecánicos. En los sistemas sociales, la voz y la voluntad de las personas y de los grupos que las componen siempre introducen un grado de indeterminación que no es posible salvar si no es preguntándoles a ellos mismos. En este sentido, creo que toda política de empleo que quiera tener en cuenta todas las variables importantes debería considerar los resultados de estudios sectoriales específicos en los que las características y las actitudes de las poblaciones afectadas fueran tenidas en cuenta. Aunque esto pueda resultar obvio, no parece que abunden los estudios en que de un modo sistemático sea considerada esta perspectiva.

Por otra parte, el centrar la atención en la experiencia subjetiva, concreta, de las personas de un determinado sector o situación social, nos puede revelar, en su justa medida, la naturaleza de las contradicciones a las que son sometidas por la lógica del funcionamiento de la sociedad en general —en nuestro caso, la sociedad capitalista—, de la que, se quiera o no, son un aspecto o consecuencia indelible; y de ese modo descubrir otras contradicciones más básicas —estructurales si se quiere— de las que las experimentadas por los sujetos, con mayor o menor consciencia, son una expresión, probablemente un resultado. En este sentido, una perspectiva psicosociológica sobre el paro, en vez de recurrir a un psicologismo explicativo, lo que realmente pone de manifiesto (o estoy convencido de que puede ponerlo) es la íntima trabazón entre los problemas psicosociales y la política, entre psicología y economía política. Lo cual no hace sino abundar en las mismas perspectivas que nos vemos obligados a adoptar cuando nos enfrentamos con la tarea de tener que explicar muchos de los grandes problemas del hombre contemporáneo, tales como la discriminación étnica, la desigualdad social, la marginación de minorías, la segregación de enfermos mentales, de ancianos etc.; la inhabilitabilidad de las grandes ciudades, la generalización de comportamientos agresivos y violentos, etc.

Pero, en tercer lugar, el nivel en que me parece clara la relevancia de una perspectiva psicosociológica es ese nivel intermedio de las acciones orientadas a la disminución de la propia incidencia del paro, así como a la minimización de sus consecuencias negativas. En este sentido, creo que todos los programas que tiendan a «racionalizar» el *modus operandi* del mercado de trabajo deberían superar el sesgo «economicista» o «normativista» desde los que son elaborados e incorporar más plenamente los datos «humanos» de aquellos a quienes van orientados. Evidentemente, no digo esto sólo por la exigencia ética de contar, de algún modo, con aquellos sobre quienes se pretende actuar, sino también porque pienso que dichos programas (tanto los orientados «preventivamente» hacia la racionalización del empleo como los que directamente se enfrentan con el paro, y más todavía con el paro juvenil) alcanzarían más fácilmente sus objetivos. Con estas afirmaciones parece ya desprenderse, apresuradamente, una conclu-

sión: la necesidad de más *investigaciones interdisciplinarias* sobre el tema que nos ocupa.



En términos generales, el paro representa uno de los puntos culminantes de la explotación capitalista. Y lo es en tanto que hace recaer de modo directo sobre el trabajador y su familia las crisis, contradicciones o desajustes en la marcha de la acumulación monopolista. En una estructura social clasista, la clase social dominante desvía descendentemente los efectos negativos de estas contradicciones, simplemente con el hecho de adoptar decisiones basadas en criterios de estricta rentabilidad económica, en la que el trabajo y quienes lo ejecutan entran como parámetros instrumentales del proceso. De este modo, el destino personal del trabajador queda condicionado a las oscilaciones de un proceso que escapa a su control, en tanto que individuo concreto.

La vivencia de esta situación, como espada de Damocles permanente de la condición proletaria, es una de las fuentes básicas de esa difusa ansiedad e inseguridad personal características de su psicología. Quien depende para su subsistencia del propio trabajo, y constata cotidianamente que las condiciones y la continuidad para realizarlo no dependen tanto de su propia voluntad cuanto de factores que le son extraños, es esperable que esté bastante sensibilizado a todos los indicios que puedan incidir en la estabilidad del mismo. Evidentemente, la mayor o menor sensibilización ante este problema dependerá de lo que el trabajador percibe que ocurre en su entorno. En situaciones de relativa prosperidad económica y de alta demanda en el mercado de trabajo, esta sensibilización será menor. En situaciones de crisis, como la actual, es claro que *es* muy elevada. Pero lo que quiero subrayar es que, independientemente de las oscilaciones coyunturales del mercado de trabajo, el *miedo al paro* es un sentimiento inherente a la misma condición proletaria.

Dicho sentimiento, creo, es una respuesta realista derivada, por un lado, del natural y universal deseo de seguridad (pensemos en la jerarquía de motivos de Maslow), y por otro, de la constatación, no sólo ni principalmente cognitiva, de su posición en la jerarquía social. La experiencia permanente y cotidiana de la

subordinación en el trabajo, de la fácil sustituibilidad, de la posible obsolescencia como consecuencia de innovaciones técnicas, la valoración diferencial de su trabajo, la sensación de carecer de preparación básica para aspirar a posiciones sociales más elevadas, la percepción de que decisiones que afectan centralmente al contenido de su trabajo son tomadas sin la menor consulta, el convencimiento de ser objeto de una menor deferencia y consideración social, etc., todos estos rasgos y otros que podríamos añadir, forman el cuadro psicosociológico en que el miedo y, probablemente, la expectativa de paro es perfectamente coherente.

Indudablemente, este sentimiento aversivo hacia el paro no es patrimonio exclusivo de la clase obrera, o campesina. Es más: quizá debido a las condiciones generales de inseguridad y explotación a las que históricamente se ha visto sometida la clase obrera, y a los mecanismos de solidaridad interpersonal y colectiva que ha desarrollado, su tolerancia hacia ese sentimiento sea mayor que en las nuevas capas de asalariados (profesionales, cuadros medios, *intelligentsia*, etc.), en quienes la expectativa de paro, entre otros factores, puede desencadenar respuestas bastante radicalizadas. No obstante, en estas capas medias, la amenaza de paro creo que es más accidental, menos inherente, que a la situación de los trabajadores manuales. Objetivamente, sus posibilidades de adaptación son mayores, aunque quizá, subjetivamente, la experiencia de la inseguridad resulte más dolorosa; dado que los términos de comparación también son distintos y, por tanto, el sentimiento de privación relativa resulta mucho mayor.

En los momentos actuales, este sentimiento de temor (a veces cuasi-bloqueante) hacia el paro ha calado en la psicología de la juventud universitaria y, muy probablemente, en la juventud en general.

Pero quizá ese sentimiento de temor, más o menos difuso, hacia el paro sea una consecuencia subjetiva que se corresponde coherentemente con el concepto mismo y la realidad del mercado de trabajo. Fromm ha tipificado una orientación del carácter que sería el correlato subjetivo de la realidad socio-económica preponderante que es el mercado, específicamente el mercado de trabajo. Esta orientación del carácter la denomina Fromm orientación mercantil, y, fundamentalmente, consiste en «experimentar-

se a sí mismo como una mercancía y el valor propio como un valor de cambio»<sup>1</sup>.

«En vista de que el hombre —sigue Fromm— se experimenta a sí mismo como vendedor y al mismo tiempo como mercancía, su autoestimación depende de condiciones fuera de su control. Si tiene éxito, es valioso; si no lo tiene, carece de valor. *El grado de inseguridad resultante de esta orientación difícilmente podrá ser sobreestimado.* Si uno siente que su propio valor no está constituido, en primera instancia, por las cualidades humanas que uno posee, sino que depende del éxito que se logre en un mercado de competencia cuyas condiciones están constantemente sujetas a variación, *la autoestimación es también fluctuante, y constante la necesidad de ser confirmada por otros*»<sup>2</sup>.

Desde una orientación psicológica de este tipo, a la que en alguna medida nos vemos todos obligados a atenernos, el sentimiento difuso de *temor al paro* emerge como un rasgo coherente y generalizado en la medida en que el modo de adaptación e interdependencia que establece entre la psicología individual y la estructura socio-económica va más allá de una clase social concreta. La secuencia, en términos conceptuales esquemáticos, pero que articula con cierta consistencia los distintos niveles de realidad y de análisis, es la siguiente: Mercado de trabajo → mercado de personalidades → orientación mercantil → percepción de la posibilidad de un bajo nivel de demanda → temor al paro.

Hay un aspecto relacionado con este sentimiento generalizado de temor al paro sobre el que me gustaría avanzar alguna reflexión más. Este aspecto es el de las actitudes, percepciones y comportamientos de los no-parados frente a los que buscan trabajo. Creo que una profundización en este tema nos llevaría no sólo a descubrir cómo se ve el paro desde quienes disponen de trabajo, sino que probablemente asistiríamos a: una serie de ensayos simbólicos orientados a la supervivencia, una serie de procesos simbólicos de comparación social orientados a salvaguardar la imagen propia, y a la constitución y funcionamiento de las ideologías espontáneas sobre el paro, que llegan a alcanzar la conciencia misma de los propios parados.

Comencemos por intentar precisar, por ejemplo, cuál puede ser la reacción de un trabajador ante un colega que se encuentra parado. Lo más probable, en mi opinión, es que esa reacción sea,

<sup>1</sup> FROMM, E., *Ética y psicoanálisis* (F.C.E., México 1963) p. 77.

<sup>2</sup> FROMM, E., op. cit., p. 80.

psicológicamente, de una gran ambivalencia. Por una parte, se producirá una tendencia solidaria a identificarse con los problemas del compañero, y por otra, una tendencia defensiva ante el hecho de que su misma existencia en la situación de paro es una tangible alternativa a su propio trabajo, y, por consiguiente, una latente amenaza a su propio empleo. El principio de escasez, estructuralmente inducida, se convierte así en el principio de ambivalencia interpersonal, de la desconfianza, de la competencia.

Y si la situación persiste, ¿cómo justificarse ante sí mismo el que él tenga trabajo y su colega no? Un monólogo posible, y creo que bastante frecuente —y que apoyaría la hipótesis psicossociológica del «mundo justo»—, sería: «¿Dónde está la causa de que él no tenga trabajo y yo sí? ¿Se trata sólo de que tiene mala suerte? ¿Y por qué entonces no me solidarizo realmente con él? Pero no; no sólo es mala suerte; es que no ha sido suficientemente previsora, cauto; se ha confiado demasiado en las buenas palabras, y en el mundo en que vivimos no se puede uno fiar de nadie...; además..., en el fondo, cada cuál tiene lo que se merece. Yo no habría esperado a que las cosas llegasen a ese punto; no habría aguantado tanto tiempo en esa situación». Como se ve, el paso a la legitimación ante uno mismo, y después ante los demás, en base a las diferencias individuales de capacidad, de habilidad, se hace en este tipo de discursos con una suavidad casi imperceptible, y en la mayor parte de los casos será inconsciente. Por supuesto, yo no quiero decir que en todos los casos se vaya a producir este tipo de reacción psicológica; lo que sí quiero indicar es que esa reacción es bastante coherente con el principio de escasez y con el resto de los supuestos en que se asienta la lógica del sistema capitalista. Y esa lógica objetora debe corresponderle una psico-lógica.

A partir de esta auto-legitimación, no es difícil pasar a explicaciones psicologistas o abstractas del mismo fenómeno del paro. Unas y otras acaban cumpliendo la función de: o bien atribuir a los propios parados la responsabilidad última de su propia situación, o bien describirla en unos términos en que para el parado no cabe otra actitud que una resignación auto-culpabilizada; ejemplos del primer tipo de explicaciones abundan en el discurso cotidiano: a) «la gente está parada porque quiere, porque de ese modo cobra el paro y además se dedica a sus chapuzas» (lo cual,



en cierto modo, puede ser cierto); b) «mucha gente no encuentra trabajo porque, en el fondo, no se ha preocupado de adquirir una sólida formación»; c) «la gente sale ahora peor preparada», etc. Por otro lado, la utilización de conceptos de la teoría económica convencional (inflación, balanza de pagos, inversión, etc.) en la explicación del paro se mueve en el plano de unas abstracciones que, situadas en el contexto de la lucha ideológica entre las clases, construyen una imagen del fenómeno en que nadie, ningún grupo ni clase social, es responsable del mismo, o de que todos somos por igual responsables del mismo. Sin embargo, la utilización de estas abstracciones —cuya validez en su propio contexto teórico no se trata de negar— en el discurso cotidiano, en los medios de masas, coadyuva de este modo a que gran número de parados se autoculpen de su propia situación. Cuando no se ve claro a quién o a qué atribuir la causa de lo que a uno le ocurre, siempre se tiene uno a sí mismo a mano para poderse culpabilizar de ello. Lo cual se hace más probable en la situación de inseguridad generalizada en la que se encuentra el parado.

Una ilustración de que estas concepciones son sostenidas y reforzadas incluso por organismos cuya misión específica es la de evitar el paro, nos la proporciona la Oficina de Empleo de la República Federal de Alemania. Dicho organismo, según una información periodística reciente, «ha montado un servicio terapéutico de consolación para trabajadores parados». El servicio terapéutico consiste en «un curso de dos semanas para ayudar al aspirante a un puesto de trabajo a *conocerse a sí mismo y conformarse con su suerte*, si durante el desarrollo del tratamiento no les llega una oferta»<sup>3</sup>. En principio, no es que esté mal seguir la máxima socrática, o armarse de un cierto estoicismo para encarar las situaciones adversas. El alcance ideológico de una propuesta de este tipo queda, no obstante, bien patente. Quizá los partidos políticos y los sindicatos progresistas deberían plantearse también, además de sus habituales acciones pedagógico-reivindicativas, acciones que contrarrestaran ese tipo de propuestas terapéuticas. Propuestas que no sólo son políticamente conservadoras, sino psicológicamente inadmisibles, ya que en su intento, laudabilísimo por otra parte, de ayudar a trabajadores en paro, se les proporciona un marco interpretativo de su propia situación que no les permite ver los

<sup>3</sup> *El País*, 16-VIII-78, p. 30.

factores reales que les han conducido a ella y, por consiguiente, orientar realísticamente el ímpetu de sus frustraciones; la comprensión adecuada de esos factores debería conducir no sólo a un intento de modificación de su situación inmediata, sino también de la transformación de esos factores que la hicieron posible.

### Consecuencias psicosociales del paro

Antes de referirnos específicamente a las posibles consecuencias psicosociales del paro en la juventud, quizá sea conveniente considerar el fenómeno en términos más genéricos.

Probablemente, para valorar en su justa medida la significación psicosociológica del paro, habría que partir de lo que para cada cual significa el trabajo, no tanto en términos conceptuales, sino como componente de la propia identidad personal. En este sentido, es claro que el trabajo es uno de los anclajes fundamentales de la personalidad. A través de él, la persona se engarza en el proceso colectivo de la producción y de la reproducción social, produciéndose a sí misma en su propia actividad.

Si le preguntamos a una persona adulta que nos responda unas cuantas cosas a la pregunta «¿Quién soy yo?», una de las primeras respuestas que obtendremos será la de su actividad, la de su trabajo. Habrá variaciones individuales en la importancia que se adscriba el propio trabajo como componente de la propia identidad; pero aun en el caso en que de un modo más o menos consciente se le relegue a un segundo plano, o incluso en el caso de que exista un rechazo o identificación negativa con el mismo, el trabajo es uno de los ingredientes principales —quizás el más importante— de la propia identidad personal.

Algunos rasgos básicos de la personalidad son condicionados por el tipo de trabajo y *status* ocupacional de los padres; las aspiraciones, la preparación y las oportunidades reales que se vayan a tener en el propio trabajo, dependen también en gran medida del *status* ocupacional del padre. De este modo, el destino personal aparece engranado, en el pasado y en el presente del individuo, a las condiciones de la organización social del trabajo. Aspectos tan íntimos de la experiencia personal como la autoestima, el sentimiento de dignidad, capacidad, competencia, etc., dependen

de las valoraciones diferenciales que la sociedad adscribe a distintos tipos de actividades.

En un sentido de implicación positiva del yo, como vía de expresión de las propias capacidades y potencialidades, o en un sentido de rechazo y distanciamiento, como experiencia alienante aceptada por la necesidad económica, el trabajo aparece, en cualquier caso, como algo definitorio de la propia identidad personal.

Por otro lado, el trabajo es un contexto interpersonal, un ámbito, o sucesión de ellos, en el que la persona ha ido estableciendo sus propias identificaciones, marco de referencia cognoscitivos y valorativos, desde los que proporcionan un sentido tanto a su experiencia diaria como a su misma trayectoria personal. La organización de su vida y la de su familia está inserta en ese contexto.

Evidentemente, la descripción anterior es enormemente genérica. Para precisar con un sentido más concreto la significación del trabajo en la formación de la identidad habría que tener en cuenta otras variables como el sexo, la etapa del ciclo vital en que se encuentra la persona, la clase social, el tipo de ocupación, su estructura motivacional, etc.

No obstante, pienso que es suficiente para que, por contraposición, nos hagamos una idea de lo que puede suponer la pérdida del trabajo. De nuevo aquí nos moveremos en términos muy generales, pero que podrían ser matizados en el análisis de situaciones concretas.

Desde el punto de vista de la experiencia del sujeto, la pérdida del trabajo o del empleo supone, en principio, una quiebra de los marcos en que gran parte de su actividad discurría normalmente; una «desestabilización» de los esquemas referenciales de su acción. Más o menos súbitamente, la persona se encuentra cortada, desvinculada, de un proceso colectivo en el que, de un modo u otro, se hallaba inserta, se encontraba «funcionando». Este apartamiento se produce, en la mayor parte de los casos, contra la voluntad de la persona, y sin que las causas del mismo aparezcan demasiado claras o justificadas para ella. Evidentemente, esta escisión tiene un carácter altamente amenazante (si no se tiene la seguridad de una alternativa satisfactoria) por las implicaciones negativas de todo tipo —no sólo económicas— que la persona de algún modo presiente.

Este quebrantamiento inicial inducirá, muy probablemente, niveles elevados de ansiedad, de preocupaciones orientadas, según los estilos específicos de enfrentarse con la realidad, a restaurar los niveles de seguridad alcanzados previamente. En este sentido, los efectos del desempleo son casi siempre *regresivos*, puesto que se convierte de nuevo en problema una meta que parecía ya alcanzada.

Si los primeros intentos de encontrar un nuevo trabajo dan un resultado positivo y satisfactorio —lo cual, obviamente, no dependerá sólo de esos intentos—, las consecuencias, en muchos casos, no serán muy distintas de las derivadas de un cambio de empleo: nuevos ajustes a tareas, a una nueva organización, relaciones interpersonales, etc.; aunque, en otros, no obstante, la situación continuará siendo problemática e, incluso, dolorosa. Pensemos, por ejemplo, en los trabajadores de edad más avanzada, o aquellos que tuvieron que abandonar proyectos en los que habían puesto gran ilusión y empeño, o los que habían desarrollado relaciones personales muy satisfactorias, o aquellos para quienes el hecho mismo de *tener que* buscar un nuevo empleo se convierte en una experiencia humillante, etc. (Existen estudios que ponen de manifiesto que los despedidos, aun encontrando trabajo, observan todos una sintomatología patológica, en mayor medida que los no despedidos).

En cualquier caso, las consecuencias psicológicas serias comenzarán a producirse con los intentos frustrados de encontrar un nuevo trabajo y la consiguiente prolongación de la situación de paro. Evidentemente, las consecuencias serán distintas según las características específicas de la persona, de su situación familiar, de sus posibilidades económicas, de las ayudas institucionales, del tipo de comunidad, etc. No obstante, diversos estudios coinciden en apuntar efectos psicosociológicos equivalentes derivados de una situación prolongada de paro. Algunos de estos efectos son: el descenso del nivel de la autoestima, desarrollo de un sentimiento de inadecuación e incompetencia, percepción de descenso de *status* ante los demás, sentimiento de fracaso y, por tanto, descenso en los niveles de aspiración, empobrecimiento cognoscitivo y motivacional (estancamiento de la perspectiva y de los intereses), sentimiento de inutilidad, desmoralización, angustia (inquietud e irritabilidad), agresividad, etc.

Citaré las palabras de los propios sujetos que revelan algunos de estos estados de ánimo. Dice un albañil de cuarenta y tres años, polaco, al principio de los años treinta:

«¡Cuán duro y humillante es tener que soportar el nombre de parado. Si salgo de casa, voy cabizbajo, porque me siento totalmente inferior. Cuando voy por la calle, me parece que no puedo ser comparado con un ciudadano normal, que todo el mundo me señala. Instintivamente evito encontrarme con alguien. Antiguos conocidos y amigos de tiempos mejores, no son ya tan cordiales. Cuando nos encontramos, me saludan con frialdad. No me ofrecen ya un cigarrillo, y sus ojos parecen decir: 'No te lo mereces, no trabajas'»<sup>4</sup>.

Otro parado de la misma época dice:

«Busco un trabajo. Me inclino servilmente, pregunto, ruego, me humillo, y pierdo mi dignidad. Me convierto en una bestia, en una bestia, humillada, excluida del reino de la sociedad»<sup>5</sup>.

Respuestas más próximas a nosotros, obtenidas en una encuesta a trabajadores parados de la construcción, el año pasado, indican sentimientos parecidos, aunque el estilo sea distinto:

«El parado se ve marginado, acorralado; parece que la persona parada es un delincuente»<sup>6</sup>.

Dice otro trabajador de la construcción parado:

«De lo que más te molesta del paro es que te rompe el equilibrio psicológico. Yo me levanto por las mañanas, más bien tarde, pues me acuesto tarde también; me levanto, y una persona que se levanta y no sabe qué hacer, pues eso es tremendo... Uno no sabe dónde ir...»<sup>7</sup>.

Datos de otra naturaleza, insertos en una metodología más cuantitativa, apoyan las observaciones anteriores. Así, Cohn, en un reciente trabajo<sup>8</sup> basado en los datos de un *Estudio-Panel sobre la Dinámica de la Renta* (realizado desde 1968 a 1972, con una muestra de aproximadamente 5.000 familias y de la que se extrajo

<sup>4</sup> ZAWADSKI, B., y LAZARSFELD, P., «The Psychological consequences of unemployment», en *Journal of Social Psychology* (1935) 6, 224-51, citado por Sherif, M. y H. Cantril., *The Psychology of «Ego» Involvements* (Wiley, Nueva York 1947) p. 401.

<sup>5</sup> Op. cit., p. 400.

<sup>6</sup> Características y efectos del desempleo entre los trabajadores de la construcción (UTI de Construcción, Madrid 1977) p. 180.

<sup>7</sup> Op. cit., p. 181.

<sup>8</sup> COHN, R. M., «The Effect of Employment Status Change on Self-Attitudes», en *Social Psychology* (1978), vol. 41 n. 2, 81-93.

una submuestra de los que en la 1.ª observación tenían empleo y lo habían perdido en la 2.ª), llega a las siguientes afirmaciones:

«La condición de parado conduce a una mayor insatisfacción consigo mismo. Esta insatisfacción se ve acentuada por: 1) cambios concomitantes en el desempeño del rol familiar (indicado por el nivel de actividad en los trabajos caseros y la contribución relativa a la renta familiar); 2) la no disponibilidad de roles alternativos, o de consecuencias y logros anteriores (académicos, por ejemplo); 3) la falta de un factor causal externo al cual atribuir la pérdida del trabajo (nivel de desempleo en la zona)».

Las variables clave, pues, según Cohn, de las que depende que la pérdida del trabajo tenga consecuencias negativas en la valoración de sí mismo, son: la cantidad de cambio concomitante (es decir, negativo) que se produzca en la ejecución de otros roles sociales de la persona (familiares, interpersonales, etc.); la importancia relativa que el propio sujeto le adscriba a la pérdida del empleo (importancia en comparación con otros componentes de su autoconcepto), y la percepción de la causa que ha conducido a la pérdida del trabajo.

Desde una sofisticada metodología, pues, Cohn nos proporciona evidencia coherente con el argumento que venimos sosteniendo. En un sentido más práctico, Segal viene a subrayar aspectos similares en la experiencia del paro:

«Dos factores parecen, en efecto, poder contener la angustia del parado, más acá de lo insoportable: una *inserción social* sólida, o, por lo menos, un mínimo de seguridades económicas y afectivas que le permitan vivir su exclusión como provisional; por otra parte, una conciencia de la dimensión colectiva del paro que le asegure su desculpabilización»<sup>9</sup>.

Toda esta configuración experiencial que aparece como consecuencia del paro, es, pues, el principio de la disolución de la identidad personal, de la desorganización de la personalidad. Se trata de un momento, de un aspecto, de una secuencia más amplia que consiste en que la crisis o desorganización económica → crisis o desorganización social → crisis o desorganización de la personalidad.

Esta secuencia ha sido estudiada brillantemente por Brenner, M. H. en su trabajo sobre *Enfermedades Mentales y Economía*<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> SEGAL, J. P., «Etre Chômeur», en *Cahiers Français* (nov-dic. 1975) p. 43.

<sup>10</sup> BRENNER, M. H., *Mental Illness and the Economy* (Harvard University Press, Cambr., Mass., 1973).

Queda patente en este estudio cómo con los ciclos de la economía se corresponden unos ciclos en la manifestación de diversas enfermedades mentales. Las tasas de hospitalización psiquiátrica son significativamente más elevadas en los momentos de crisis o recesiones económicas. Esta relación es persistente a lo largo de más de un siglo. Los datos que van apareciendo en este sentido sobre la actual crisis parecen confirmar los hallazgos de Brenner.

Su trabajo está inserto en la línea del ya clásico *Clase Social y Enfermedades Mentales*, de Hollingshead y Redlich, y coincide con la mejor tradición del pensamiento sociológico. Ahora bien: si la secuencia causal, teórica y empíricamente, parece ser crisis económica → crisis social → crisis personal, ¿qué sentido tiene que, en la práctica, se siga pretendiendo operar al final de la secuencia, en vez de comenzar por el principio? ¿Cómo es posible reparar la quebrada identidad de las personas actuando sólo sobre ellas, si en ellas no residen sólo ni principalmente las causas de sus problemas? No es necesario que tengamos que asumir la perspectiva anti-psiquiátrica, para percatarnos de que este tipo de operación, por medio de la cual se invierte el sentido de una secuencia causal, tiene una significación ideológica muy clara. Los aparatos de asistencia psiquiátrica responden, en gran medida, de modo coherente a esa ideología.

Analógicamente, creo que habría que preguntarse en qué medida las filosofías, técnicas, medidas concretas, organizaciones que se enfrentan con los problemas humanos derivados del paro, no parten de una concepción del mismo que supone una inversión ideológica de la secuencia causal que los ha producido; lo cual supone, en la práctica, una *estimatización latente* de los propios parados y, en consecuencia, un reforzamiento de los fenómenos que se quieren, justamente, evitar.

### La experiencia del paro en la juventud

Las reflexiones que nos restan por hacer en torno a la significación del paro en la juventud deben insertarse en las más generales que anteceden, puesto que la especificidad de su problemática sólo puede determinarse en ese contexto más genérico.

En este sentido, el problema del paro entre los jóvenes debe contemplarse, fundamentalmente —aunque no sólo—, desde el ángulo

de su inserción inicial, de su entrada, en la vida activa. Desde un punto de vista económico, la cuestión que se plantea habitualmente es la de «racionalizar» al máximo el funcionamiento del mercado de trabajo, como elemento de la racionalidad —racionalidad formal— de todo el sistema productivo. La mano de obra, real y potencial, es considerada como recursos, recursos humanos, que, como los demás recursos, tienen que ser óptimamente producidos y asignados. Desde una perspectiva sociológica, el problema, creo, gira en torno a una articulación coherente entre el subsistema educativo y el subsistema productivo. Desde el punto de vista psicosociológico, que es el que intento adoptar, la cuestión debería centrarse en las transformaciones personales que se producen en los propios sujetos como exigencias adaptativas que el sistema social establece, y como necesidad subjetiva de desarrollo y cristalización de una subidentidad profesional, *elemento este último clave en la configuración total de la personalidad*.

Si, como dicen los funcionalistas, uno de los requisitos básicos que toda sociedad debe cumplir es una adecuada socialización de sus miembros, yo me atrevería a formular la hipótesis normativa de que: *El proceso de socialización no está concluso mientras no se haya producido una socialización ocupacional, una inserción en un puesto de trabajo considerado como digno y razonablemente estable*. Esta hipótesis normativa no es más que la traducción psicosociológica de un derecho humano fundamental: el derecho al trabajo.

El que este derecho sea recogido en las Constituciones actuales es el reconocimiento de que, sin la posibilidad de trabajar, la «humanidad» del hombre no puede realizarse en las actuales condiciones de la sociedad industrial.

Por supuesto que, como en el caso de casi todos los derechos humanos, los problemas surgen a la hora de especificar las condiciones concretas que permiten su materialización. En el caso del derecho a un trabajo digno, la definición de sus condiciones concretas no puede ser unilateral; en esa definición de lo que sea trabajo digno tienen que participar necesariamente aquellos a quienes más directamente afecta, es decir, los propios trabajadores.

Tomarse en serio lo que este derecho significa en términos psicosociales supondría tener que establecer profundas modificacio-



nes en toda la organización socioeconómica, y, en concreto, del concepto y realidad del mercado de trabajo.

Sé muy bien que, en sentido estricto, la socialización no está nunca concluida. A lo largo de todas las etapas del ciclo vital se operan transformaciones más o menos profundas de nuestra identidad que son resultado de —y nos permiten adaptarnos a— los contextos de interacción en que nos movemos. Pero si algunas de ellas no se producen, y además en el momento adecuado, las posibilidades de ulterior desarrollo personal y de una plena participación social van a quedar tan limitadas, que obviamente habría que reconocer que dicha socialización es incompleta.

Me permito hacer estas observaciones sobre la socialización —que posiblemente tengan algo de tautológicas— porque, tanto en los estudios sobre el tema como en la propia práctica social, observo una infravaloración de los problemas específicos de la socialización ocupacional, de la inserción inicial en un puesto de trabajo, y de sus repercusiones psicológicas y sociales.

Sin embargo, un conocedor tan profundo de la psicología evolutiva, y en concreto de la psicología juvenil, como E. Erikson, escribe sobre la adolescencia:

«Este período puede ser visto como una *demora psicosocial*, a través de la cual, y experimentando libremente distintos roles, puede encontrar un hueco en algún sector de su sociedad; un hueco que esté claramente definido y, al mismo tiempo, parezca que haya sido diseñado para él. Al encontrarlo, el joven adulto adquiere un sentido más firme de continuidad interior y de mismidad social; lo cual conectará lo que *era* como niño y lo que *está a punto de llegar a ser*, y armonizará su concepción de sí mismo y el reconocimiento que le da para su propia comunidad»<sup>11</sup>.

Y en otro contexto señala Erikson:

«El sentimiento de la identidad del yo es, por lo tanto, la *confianza confirmada* de que la mismidad y continuidad internas coinciden con el significado que uno ha adquirido para los otros, como se evidencia en la promesa tangible de una 'carrera'»<sup>12</sup>.

Estas observaciones las hace Erikson en el marco de una teoría sobre las fases que atraviesa el desarrollo de la personalidad. Cada

<sup>11</sup> ERIKSON, E. H., «Identity and the Life Cycle», en *Psychological Issues*, vol. I n.º 1, p. 111.

<sup>12</sup> ERIKSON, E. H., *Infancia y Sociedad* (Paidós, B.A. 1959) p. 212.

una de estas fases presenta a la persona un dilema o contradicción básica, sin cuya positiva resolución se verá perturbado su desarrollo hacia las etapas sucesivas. En el caso de la adolescencia, el dilema con que se encuentra el joven es lo que Erikson denomina *Identidad frente a difusión del rol*.

Lo que esto quiere decir es que desde el repertorio de posibles roles que el joven observa en su entorno, y que comienza a ensayar simbólicamente y manifiestamente, va a tener que identificarse y comprometerse con alguno de ellos. El asentamiento de su imagen en él puede canalizar sus esfuerzos en una dirección definida, abriéndole las expectativas de lo que *puede ser socialmente*. Si esta identificación y compromiso no se produce, tendremos entonces esa difusión del rol y, por tanto, de la identidad. «Lo que fundamentalmente perturba a la gente joven, dice Erikson, es la incapacidad de asentarse en una identidad ocupacional»<sup>13</sup>. Son estas identidades difusas difuminadas, las que en cierto modo, quedan disponibles para otras identificaciones.

Ahora bien, conviene señalar que el resultado de este proceso no depende sólo, ni fundamentalmente, de los procesos subjetivos del joven, sino de los modos de relación interpersonal que haya ido estableciendo en los distintos contextos en que se desenvuelve y que inducirán en él la motivación necesaria para que se efectúen identificaciones concretas.

En cualquier caso, lo que me parece que resulta revelador es el constatar cómo en el desarrollo progresivo de la identidad personal del joven emerge, como un ingrediente básico, esa expectativa de inserción ocupacional, esa confianza de que en la sociedad existe un puesto para él; un lugar desde el que poder realizarse en una relación productiva con los otros. Evidentemente, no sólo es la expectativa concreta de un empleo determinado, en un sentido estrictamente laboral, sino una necesidad de pertenencia, de inclusión y descubrimiento de nuevas experiencias, en las que realizarse y construirse a sí mismo.

En este sentido, creo que existe una clara analogía entre el papel que el desarrollo de un *sentimiento de confianza básica* tiene en los primeros años de la vida, señalado por el propio Erikson y otros psicólogos de la personalidad, derivado de las relaciones con la madre, y lo que yo denominaría *sentimiento de confianza*

<sup>13</sup> ERIKSON, E. H., op. cit., p. 212.



*social básica*, que derivaría de una confirmación positiva de la expectativa y deseos a que me estoy refiriendo. Muy probablemente, la sedimentación de este sentimiento de *confianza social básica*, además de convertirse en factor importante de la dinámica personal, o precisamente por ello, sea el marco experiencial en el que habría que situar, para entenderlas debidamente, las actitudes sociales y políticas de los jóvenes.

Definido este sentimiento en términos más sociológicos, quedaría explicitado así:

La percepción y la experiencia de que las metas, objetivos y valores que culturalmente son definidos como importantes, y que han sido o están siendo internalizados por la persona, pueden ser alcanzados a través de los medios y siguiendo las normas que la propia sociedad define como legítimos.

El sentimiento de poder realizar en la propia vida personal esta coherencia axiológico-normativa es lo que legitima a la sociedad ante uno mismo, motivándole para aceptarla en su fuero interior, y no sólo acatarla externamente. Es la contrapartida subjetiva de la cohesión e integración social.

La no cristalización de este sentimiento es el principio de la crisis de legitimación social. En este sentido, estoy convencido de que la ausencia de este sentimiento, o un nivel insuficiente del mismo, es uno de los condicionantes existenciales más importantes en la emergencia de las contra-culturas juveniles, y de los contenidos radicales de sus ideologías. En la medida en que el paro impide el desarrollo de este sentimiento, que indudablemente cabe suponer que sea muy alta, inducirá un profundo alejamiento o estancamiento (alienación) de la juventud hacia su sociedad (o sus valores convencionales).



La escolarización y la persistencia en el subsistema educativo no puede resolver las dudas y tensiones que genera la esperanza de inserción social. De hecho, la educación formal *puede* proporcionar la gratificante experiencia de que los conocimientos, habilidades y valores que se aprenden y descubren no sólo serán instrumentales para conseguir el estatuto socio-ocupacional al que se aspira, sino que su misma asimilación conlleva un sentimiento

de desarrollo personal. Pero, dadas las mismas condiciones estructurales del sistema educativo, tales como la burocratización, masificación, posible desfase respecto del sistema productivo, así como la función latente que pueda estar desempeñando de «lugar de estacionamiento» de las jóvenes generaciones, y de las posibilidades de los propios estudiantes para llegar a una conciencia válida de las contradicciones específicas de su estatuto y de las contradicciones sociales más básicas, de las que aquéllos se derivan, todo ello, unido al hecho primordial de que, en última instancia, lo que prevalece son las leyes del mercado, hace que la incertidumbre e inseguridad de los jóvenes sobre su destino ocupacional permanezca, e incluso aumente, en su paso por el sistema educativo.

Por todo ello, observo con escepticismo las recomendaciones tendentes a incrementar los años de escolaridad obligatoria o a exigir mayores niveles de cualificación (entiéndase niveles superiores de *titulación*) como formas de reducir el paro juvenil. Evidentemente, si los jóvenes están en la escuela, en los institutos o en la universidad, no están llamando *todavía*, de un modo contundente, a los puestos del mercado de trabajo, aunque muchos ya lo hacen; pero esto es demorar el problema para pasado mañana. Los efectos de medidas de este tipo —además del valor positivo, que en sí mismo pueda tener una elevación generalizada del nivel de educación formal— son prolongar ese período de la vida que denominamos juventud.

Posiblemente el problema fundamental que se plantea en ese terreno es el de la articulación coherente, global, entre el sistema educativo y el productivo. Es bien sabido —y creo que se ha señalado aquí— cómo el desfase o *décalage* entre ellos —incluida la aparición de nuevas tecnologías— es uno de los factores importantes en la producción de paro juvenil. Este desfase se concibe casi siempre en sentido de que es el sistema educativo el que debe adaptarse, subordinarse o plegarse al sistema productivo. Se asume de este modo que el mundo de la producción, y en concreto el mercado de trabajo, encarnan la misma racionalidad.

Pero creo que, incluso desde un concepto de la racionalidad como racionalidad formal, el desfase se produce, en ocasiones, en sentido contrario, es decir, que debiera ser el sistema productivo el que se adaptase y siguiese las indicaciones del sistema educa-

tivo. Pensemos, por ejemplo, brevemente, en el caso de las ciencias sociales. ¿Acaso el sistema educativo no ha configurado unas enseñanzas, base de unos roles ocupacionales cuya generalización en los organigramas del sistema productivo, además de reducir el paro de psicólogos, economistas, sociólogos, etc., podría incrementar la racionalidad total del sistema? Por supuesto que si ampliamos el concepto de racionalidad a un concepto más sustantivo, que coherentemente debería presidir todos los intentos de articulación del sistema productivo y del sistema educativo, la interdependencia, y no sólo la subordinación, de uno y de otro sistema se hace mucho más compleja. No sólo debe pensarse en incidir en formaciones que se adapten a las exigencias del mercado de trabajo, sino también incidir en éste para que se adapte a las nuevas formaciones que le permitirían, mayores niveles de transparencia y racionalidad.

En cualquier caso, lo que quiero destacar es que, desde el punto de vista de la experiencia personal, la permanencia prolongada en el sistema educativo no desproblematiza la entrada en la vida activa. La generalización de los movimientos estudiantiles, a partir de los primeros años sesenta, en casi todos los países del mundo capitalista, indica, entre otras cosas, una respuesta colectiva a las contradicciones e inseguridad de su específica posición social.

Y recordemos, no obstante, que toda esta conflictividad se manifiesta en un período de crecimiento económico. En momentos como los actuales, de estancamiento o recesión económica, podemos imaginar cuál será el nivel de tensiones experimentadas por unos jóvenes que, además de los conflictos derivados de su propio crecimiento personal y del aprendizaje, se encuentran con que su sociedad difícilmente les puede ofrecer algo acorde con sus esperanzas. Cualquiera que tenga contacto con el mundo estudiantil, habrá captado una ansiedad y desazón generalizados en el ambiente. La tensión y la conflictividad en que se desenvuelven en muchas ocasiones las relaciones profesor-alumno proceden de esa pre-consciencia, latentemente compartida, de que lo que allí acontezca apenas tiene alguna relevancia; que lo que importa es tener un mínimo de certidumbre en saber adónde nos lleva todo lo que allí se hace, discute o aprende.

Esta situación parece bastante generalizada en casi todos los países capitalistas. Una información reciente señalaba que el número de estudiantes universitarios de R.F.A. en tratamiento psiquiátrico es de 50.000 en la actualidad, habiendo aumentado en un 50 por 100 entre 1973-76<sup>14</sup>. De igual modo, parece que el número de suicidios ha aumentado considerablemente entre los estudiantes de la R.F.A. desde el inicio de la crisis económica, y, por tanto, de la amenaza de desempleo. Confiérase a datos de este tipo el valor que se quiera; lo que no cabe duda es que son coherentes con estudios más amplios en que se establecen relaciones análogas; coinciden con lo que, teóricamente, cabía esperar, y por último son coherentes también con la experiencia directa del fenómeno.



¿Cuál es, pues, la especificidad de las consecuencias psicossociológicas del paro en la juventud? Como he intentado poner de manifiesto en las consideraciones anteriores, esa especificidad hay que buscarla en lo que significa, para la construcción de la propia identidad personal, el desarrollo y confirmación de una expectativa esperanzada de inserción socio-ocupacional o socio-profesional. En la juventud, los obstáculos interpersonales e institucionales a este desarrollo y confirmación suponen el bloqueo o la quiebra del desarrollo normal en la constitución de su identidad. La experiencia del paro, en este caso, no es sólo el paro de la experiencia, sino la negación de la posibilidad misma de experiencia. Es la brutal revelación de la innecesariedad propia para el «otro generalizado». En la medida en que a lo largo del proceso de socialización se ha ido gestando una mínima esperanza en la propia sociedad, el paro continuado es la quiebra de esa esperanza. Es decir, es la esencia misma de la frustración, la frustración de sí mismo; porque es la totalidad de su sí mismo lo que está en juego; la existencia que tienen por delante, lo que se ventila. La experiencia del paro es la experiencia de la propia negación; negación que se produce justamente en uno de los momentos en que más necesaria es la experiencia de afirmación propia.

Ante esta clausura de las posibilidades de autorrealización, la exploración de otras vías posibles de *llegar a ser* ya no es sólo el

<sup>14</sup> *El País*, loc. cit.

resultado de cierta curiosidad o atracción por lo desconocido, sino de una necesidad de supervivencia psicológica. Esta necesidad —por las razones que hemos ido señalando más arriba— es experimentada con un sentido de mayor urgencia e intensidad entre los jóvenes. Desde esta perspectiva, la emergencia de esa gran variedad de sub-culturas juveniles, incluidas aquellas en las que prevalecen comportamientos violentos o destructivos, resulta comprensible.

En cualquier caso, es claro que las variaciones específicas con que se viva esta experiencia, así como las consecuencias de la misma, estarán en función de muchos factores, a los que, en gran medida, hemos hecho referencia previamente: duración de la situación, sexo, expectativas previas, experiencias ocupacionales y educativas anteriores, clase social, edad, actividades formativas o compensatorias durante el período, actitudes de la familia, situación relativa de sus iguales, etc.

En un estudio más detenido del tema habría que tener en cuenta, de modo sistemático, todas esas posibles dimensiones y las tipologías significativas a las que podrían dar origen desde el lenguaje más directo de la propia realidad empírica. Pero las variaciones que podríamos describir, con una mayor riqueza y concreción empíricas, tendrían que girar necesariamente en torno a algunas cuestiones básicas que aquí hemos tratado de delimitar.



En resumen: como decíamos inicialmente, el paro representa una de las expresiones más claras de la explotación y de la irracionalidad de la sociedad capitalista. Su experiencia es el sufrimiento de una de las consecuencias de esa explotación e irracionalidad. En tanto que negación de las condiciones que conducen a un desarrollo positivo de la personalidad, la *experiencia psicológica* del paro debería convertirse en la *conciencia política* del mismo. Esta conciencia sociopolítica del paro es la condición primera de la restauración de la dignidad herida o quebrada del parado, y del comienzo de la lucha contra las condiciones objetivas que lo hacen posible. Todas las medidas de apoyo económico, afectivo, formativo, etc., deben ir insertas en una toma de conciencia de la realidad socioeconómica básica que le ha conducido

a esa situación, que hace de su trabajo, en el mejor de los casos, una mercancía, una experiencia alienante, y en el peor, una humillante frustración. Lo cual supondría pasar de la duda sobre sí mismo a la duda sobre la sociedad, de la negación de sí mismo a la negación de algunos supuestos básicos de la sociedad, del resentimiento a la autoconfirmación, del calvinismo psicológico al humanismo socialista.

La especificidad de la experiencia del paro en la juventud viene dada por la característica fundamental de este período de la vida: la necesidad básica de construirse una identidad personal y social. La misma existencia del paro juvenil en gran escala revela la incompetencia e irresponsabilidad de una sociedad para dar albergue social a quienes produce biológicamente. Pero la lógica de una sociedad que detiene el desarrollo de su juventud requiere su radical transformación. Es uno de los síntomas claros de que lleva en sí misma el germen de su autodestrucción. Los propios jóvenes han producido abundantes manifestaciones en ese sentido.

La autoafirmación psicológica del parado, adulto o joven pasa por su autoafirmación política. Esa autoafirmación es la transformación radical de la sociedad capitalista.